

EL MÁRTIR NEGRO

ENSOMBRECE A LA HUMANIDAD EL ASESINATO DEL LÍDER DE LOS DERECHOS CIVILES Y PREMIO NÓBEL DE LA PAZ

En la sureña localidad de Memphis, Estados Unidos, un balazo terminó con la vida del doctor Martin Luther King. El país entero vibró de indignación y vergüenza con la noticia. King, de 39 años de edad, padre de cuatro niños, había concurrido allí para encabezar una marcha por los derechos civiles de los basureros de Memphis, en su mayor parte negros. (INFORMACION EN LAS PAGES. 8 Y 9.)



AÑO III Nº 125
13 DE ABRIL DE 1968
\$ 50.— EN TODO EL PAIS
En Paraguay 37 Gs. (V.Aérea)



Este es Raimundo Ongaro. Un hombre nuevo. Un idealista. Tiene 43 años y once de militancia gremial. Es padre de tres hijos y es el nuevo secretario general de la Confederación General del Trabajo.



Raimundo Ongaro pasó casi la mitad de su vida bajo espartana educación. Aquí lo vemos —señalado por la flecha— con la doctrina cristiana de la obra de Don Bosco, en el Colegio San Carlos. Fue en 1939, y Ongaro fue consagrado

EL REBELDE

Una sala de espera pequeña. Sobre las paredes algunas "solicitadas" en las que se pide "romper la barrera del hielo". Evidentemente el "hielo" de la salita refrigeraba un poco el ambiente, caldeado por los sucesos que se han producido en el seno del gremialismo nacional. Estábamos en el cuarto piso del edificio de Paseo Colón 731, sede de la Federación Gráfica Bonaerense. Allí está instalado el "nuestro secretario general de la Confed. Gene. del Tra." (las letras que faltan le corresponden al otro sector en que se ha dividido la central obrera). Se llama Raimundo José Ongaro, debe acentuarse la primera "o" para pronunciarlo, y allí aguardamos el momento de ser recibidos. Mientras tanto muchas decenas de hombres y mujeres, de manos curtidas, rostros que evidenciaban ansiedad, casi desesperación, iban y venían. Eran trabajadores de distintos gremios, afligidos por un común problema: conflictos, falta de trabajo, falta de pago, y muchas otras faltas... Cada uno narraba su situación, a oídos que ya se sentían cansados de escuchar los propios. Era una manera de buscar un alivio. Era un motivo para generar maldiciones. Eran confidentes de sus propias desventuras. Eran pueblo...

Una voz femenina nos rescató de ese valle de lágrimas y quejas: "Pase, el compañero Ongaro lo espera..." Todos somos "compañeros". Hasta hace poco también eran "compañeros", los que ya han dejado de serlo. Ahora se los designa de otro modo, bastante menos afectivo... Habíamos ido para "pasar" y aceptamos el convite. Con el cansancio reflejado en todo su cuerpo, nos recibió Ongaro. Un hombre joven, alto, con un cigarrillo descansando sobre sus labios. El cigarrillo era lo único que descansaba allí, dentro del edificio.

Ongaro, a pesar de sus once años de intensa actividad gremial, no es un hombre conocido. O, al menos, no tiene la popularidad de otros. ¿Quién es Ongaro?, ¿Cómo es Ongaro?; nuestra intención era presentarlo "en sociedad", para que el nuevo secretario general de la C.G.T. sea conocido por todos. Su biografía es algo menos que una novela bien escrita y mucho más que la de un hombre común. Es hijo de inmigrantes italianos, venidos de Udine en 1924, y el mayor de dos hermanos. Nació en Mar del Plata, pero en la Mar del Plata que trabajaba, el 13 de febrero de 1925. Ongaro es un hombre sereno, de clara expresión que facilita la interpretación de sus interlocutores. Culto, profundo conocedor de los problemas humanos, un idealista.

Los padres de Raimundo José Ongaro constituían una pareja muy joven pero también muy humilde. El jefe del hogar era enfermero del hospital de Mar del Plata y como tal se jubiló. Raimundo, un poco después de aprender a caminar, se hizo fraternal amigo del trabajo y

de los libros, o mejor dicho, de la lectura, pues todo lo que llegaba a sus manos lo leía con fervor. Trabajó en el campo y a veces solía acompañar a los chacareros vecinos hasta los hoteles de la ciudad, donde acudían a colocar su mercadería. Vio, vivió, palpó el gran aislamiento en que vivía la gente de campo. Sin escuelas, ni hospitales, ni bienes para realizarse. Vio, en una palabra, la gran soledad de la gente que forjan la grandeza de la Nación.

"Desde chico le pedía a Dios y se lo repitió a mi madre —señala nuestro entrevistado— que cuando fuese mayor me permitiera sacar de ese estado de sufrimiento y desamparo físico y espiritual a los hombres, mujeres y niños de la situación en que yo los veía".

A los cuatro años, Raimundo fue a una escuela rural de Mar del Plata, y un año más tarde lo llevaron a Buenos Aires para inscribirlo en un colegio de monjas dominicas que se encontraba en la calle Independencia. Dos años estuvo allí pupilo, y solo, durante los cuatro meses de vacaciones, iba a su pueblo a ver a sus padres, a los quinteros vecinos, a "ayudar" en sus viajes a los chacareros.

La influencia de esa vida amarga estaba reflejada en la personalidad del pibe y el mismo Ongaro reconoce hoy que ese retraimiento era propio de un hogar en que las dificultades económicas eran graves y por eso mismo llegan a trastornar la armonía del hogar, influyendo en el porvenir de los propios hijos.

Poco después, Raimundo fue inscripto, también como alumno interno, en el Colegio de los padres trinitarios, ubicado en la calle Montegudo al 800, en Parque Patricios. Era tanta su afición al estudio que siempre al terminar los cursos era el primero del grado.

Cinco años más tarde y también durante un lustro, estudió en el Colegio Don Bosco, en la calle San Carlos. En uno de sus tantos viajes a Mar del Plata para pasar las vacaciones, y teniendo Raimundo solo 8 años, recibió una de las alegrías más grandes de su niñez: su madre haciendo quién sabe cuántos sacrificios, le había comprado un bandoneón. Aunque tenga sabor a "novelón", la anécdota es cierta. Concreta. Poco después, ya Raimundo, que había aprendido música con un maestro del pueblo, amenizaba con su juguete las siempre iguales noches de los campesinos. Durante las vacaciones, y durante años, Raimundo reunía por las noches a los trabajadores y les explicaba lo que había aprendido en el colegio y lo que había leído. Les hablaba de la historia antigua, de astronomía... El cariño que le tenían era tan demostrativo que en cierta forma lo predispusieron para brindarse durante todos años de su vida a los demás. Ese afecto era la mejor paga con que conformaron la manera de ser de Raimundo.

"Mi madre, nos explica Ongaro, era una mu-

jer idealista...

—¿Vive aún?

—Sí. Mi padre también. Habitan una modesta casita en la localidad de Florida.

—¿Cuántos años tiene su madre?

—Sesenta y dos, se casó a los 16 años...

Ongaro retoma el hilo de su historia. "Mi madre como le dije, era idealista. Lo es aún. También yo soy idealista en grado excesivo, tal vez para una época como la que vivimos. Ella siempre estuvo dispuesta a cualquier sacrificio para que yo pudiera cumplir mi vocación, mis ideales, mis aspiraciones. En el Colegio Don Bosco, ingresé en la escuela de artes gráficas, y fui alumno de distintos cursos de ese veterano maestro don José Fontana. Comencé a estudiar música y aprendí a ejecutar distintos instrumentos, particularmente el saxofón y el armonio. Con el saxofón pasó una cosa muy curiosa. Había en la escuela un saxofón contraído niquelado que el maestro de la banda no quería que usaran los alumnos por temor a que se deteriorara. Era algo prohibido, inaccesible. No obstante me había propuesto poder tocar en él. Tal afán puse que no solo logré utilizarlo, sino que también por primera vez en la historia del colegio, me permitieron llevármelo a mi casa en las vacaciones".

Los padres de Ongaro, resolvieron trasladarse a la Capital Federal, para tratar de mejorar

Los tres hijos de Raimundo Ongaro, Raimundo Argentino de 14 años, Miguel Angel de 10 y Alfredo Máximo de 12 años.



sus condiciones de vida. Ello ocurrió en 1940. Unos meses después, Raimundo ingresaba a la empresa Guillermo Kraft y Cía., como linotipista. Su primer jornal era de 25 centavos por hora, en una jornada de seis horas. Al joven gráfico no le sedujo demasiado el sueldo y un buen día presentó su renuncia, alegando que ella que "se iba porque ganaba poco". La respuesta fue un aumento de 45 centavos por hora.

"(Lí) trabajaba de noche, acota el secretario general de la CGT, y de día concurría al Conservatorio Nacional de Música. Las pocas horas que me quedaban, las dedicaba a estudiar intensamente teoría, armonía, solfeo, contrapunto, fugas en el piano..."

—¿Y cuándo iba al fútbol, o a una "milonga"...

Le confieso que no vi jamás un partido de fútbol, ni conozco el hipódromo. Mi diversión consistía, cuando algún amigo me regalaba un entrada, ir al "paraíso" del teatro Colón para escuchar alguna ópera.

—¿No le cansaba esa vida...?

—En absoluto. Yo hubiera deseado en aquella época, poder disponer de más tiempo y medios para poder estudiar más intensamente para canalizar mi vocación musical.

—¿Qué pensaba a esa edad que le podría deparar el destino en materia musical?

—Vea, yo creía a los 17 años, que cuando

Elvira Caruso, la esposa de Ongaro, junto a sus hijos, de su casa. Viven con modestia y son propietarios del departamento que él ocupa como secretario





Aquí lo vemos —señalado por la flecha— consagrado como Emperador de los años. Fue en 1939, y Ongaro fue consagrado como el mejor alumno.



Esta foto fue tomada cuando Ongaro era alumno interno de la escuela de los padres trinitarios, de la calle Montegudo al 800 de la Capital Federal. El chico permanecía solo aquí mientras sus padres estaban en Mar del Plata, su ciudad natal. Su niñez fue dura, pero asimiló lo aprendido.

DE LA CGT

condiciones de vida. Ello ocurrió en 1942... meses después, Raimundo ingresaba a la empresa Guillermo Kraft y Cia., como linotipista. Su primer jornal era de 25 centavos la hora, en una jornada de seis horas. Al joven Raimundo no le sedujo demasiado el sueldo y un día presentó su renuncia, alegando en su momento "se iba porque ganaba poco". La resta fue un aumento de 45 centavos por hora. Allí trabajaba de noche, acota el secretario general de la CGT, y de día concurría al Conservatorio Nacional de Música. Las pocas horas que me quedaban, las dedicaba a estudiar intensamente teoría, armonía, solfeo, contrapunto, fugas en el piano...
—¿Y cuándo iba al fútbol, o a una "milonguita"?
—Confieso que no vi jamás un partido de fútbol, ni conozco el hipódromo. Mi diversión consistía, cuando algún amigo me regalaba una partida, ir al "paraíso" del teatro Colón para ver alguna ópera.
—¿No le cansaba esa vida...?
—En absoluto. Yo hubiera deseado en aquella época, poder disponer de más tiempo y de días para poder estudiar más intensamente y canalizar mi vocación musical.
—¿Qué pensaba a esa edad que le podría definir el destino en materia musical?
—Vea, yo creía a los 17 años, que cuando se

ejecutara alguna de mis obras, la gente que las escuchara iba a ser un poco mejor. Menos egoísta, menos preocupada de las competencias económicas y que advirtieran y conocieran mejor su propia existencia. La naturaleza. ¡El misterio de la vida!, y los grandes interrogantes del más allá.
—¿No le agradaba practicar deportes?
—Le voy a decir algo que no quiero de ningún modo que se tome como una inmodestia. En el colegio Don Bosco gané más de 50 medallas. Usted sabe que en esas escuelas se premia a fin de año a los mejores alumnos en disciplina, música, inteligencia y unos cuantos etcéteras. Pues bien de ese medio centenar de medallas, 10 por lo menos las logré jugando en los campeonatos intercolegiales de fútbol y básquet, pero la verdad que allí me gané alguna antipatía...
—¿Por qué?
—Los otros muchachos protestaban porque decían que yo era muy violento y me pusieron "Botita" como sobrenombre por la manera en tanto decía de jugar al fútbol.
—¿Qué sacerdote le dejó mejor recuerdo?
—Varios, no me acuerdo de todos, pero el padre Ziller, que actualmente está en el Colegio Santa Catalina, que siempre me escribía y con el cual he mantenido una gran amistad

a través de los años. Pero por quien he sentido siempre verdadera admiración fue por monseñor Roberto Tavela, de quien recibí la confirmación, y que posteriormente fue arzobispo de Salta. Tengo gran recuerdo de él porque en su diócesis entendió que en las ceremonias religiosas no debía haber diferencias entre aquello que solicitaban los humildes y lo que se brinda a los que tienen mucho dinero para adornar actos que deben ser del espíritu y no del brillo exterior.

Profesor en Mendoza

En 1950, Raimundo José Ongaro ingresó como profesor de música en la Universidad de Cuyo. Allí estuvo algo más de un año y entre sus alumnos estaban los militares de la base de El Plumerillo que se perfeccionaban. La mayoría de ellos eran maestros de banda. Pero Ongaro continuaba con su rebeldía y sin decir agua va, se mandó mudar. En sus clases, aparte de hablar de música con una extensión que excedía la de los tratados incluidos en el programa, gustaba hablarle a los alumnos para que también se formaran en esa otra materia que significa llegar a ser hombres verdaderamente humanos y con espíritu de solidaridad hacia la familia pequeña que da el nombre y apellido, que se lleva hacia la familia grande que es la que da el nombre de argentinos y hacia esa otra familia que es la humanidad.
De vuelta a Buenos Aires y luego de haber escrito algunas obras menores, se queda junto a sus padres prácticamente enclaustrado en la casa de Florida. Allí inicia una obra sinfónica para 200 instrumentos. La duración de la obra es de tres horas y los borradores ya están orquestados. Trabajó en ella más de dos años y necesitaría otros cinco más para poder finalizarla por completo.
—¿Qué ha querido decir en su obra, Ongaro?
—Si tuviera que decir qué significado tiene, diría que en ella he querido transmitir la eterna lucha de todos los tiempos entre el bien y el mal. Entre el amor y el dolor. La opresión y los opresores. Los que ríen y los que lloran. Los que gozaron de todas las vanidades y los que padecieron todos los sufrimientos. Entre Cristo que sigue clavado en la Cruz y la fuerza de la corrupción que sigue comprando y vendiendo hombres y cosas. Entre todo aquello que vendría a significar lo que debe ser el cielo y el infierno, que todavía es la tierra.
Con mucho esfuerzo y con el apoyo de su madre y algunos amigos, Raimundo adquirió allá por el año 1951 un terreno a 34 km de la Capital donde no había ni luz, ni pavimento, ni agua, ni nada... Allí durante muchos sábados y domingos levantó cuatro paredes y un techo y estudiaba música. En esa

época conoció a una joven de 16 años, Elvira Isacel Caruso, su actual esposa, que era huérfana de padre. Ongaro expresa: "Me sentía solo y necesitando de alguien con quien acompañarme y confiar, vi en esa muchachita que nos habíamos encontrado mutuamente en la reciprocidad de los pobres. Nos quisimos casar en la iglesia de San Miguel, pero el cura nos aconsejó que si no teníamos plata era mejor que nos fuéramos a alguna parroquia de algún pueblo o villa porque ahí nos iba a salir muy caro. Nos dio tanto fastidio que desde ese día comprendimos que las verdaderas iglesias, los verdaderos discípulos de Cristo suelen estar en los lugares más lejanos de las capitales y ciudades importantes. Y también nos dimos cuenta de que muchas veces y por negocio, se ha falsificado a nuestro verdadero Cristo. Al Cristo de madera cuando se lo suplanta por un Cristo de oro".

Las obligaciones del hogar y los hijos —tiene tres— obligan a Ongaro a dejar la música. Trabaja intensamente y se preocupa de que la prioridad más importante que tiene la sociedad es acudir con todas sus fuerzas a no dejar a quienes llegan al mundo desprovistos no solo del alimento físico, sino del alimento de la cultura, de la inteligencia, del arte, de la belleza y de la sabiduría.

"Mis hijos —agrega— en este momento, aún en su corta edad quieren ver, como su padre, un mundo de hermanos sin unos que lo tienen todo y otros que no tienen nada o casi nada. Mis hijos se dan cuenta cuando no les puedo comprar un libro o alguna golosina o alguna camisa más, que su padre es pobre. Lo dicen y no se avergüenzan. En ninguno de los tres he podido ver a un hombre que tuviera la tenacidad implacable con la que yo me aferré a los libros, pero yo era un fanático, casi... Ya en mi actividad como gráfico vi con preocupación los distintos problemas que nos afectaban en los talleres. Decidí ingresar a una agrupación sindical —lista verde— y durante once años constituimos la oposición dentro de la Federación Gráfica Bonaerense.

La entrevista va llegando a su término. Antes de salir del amplio salón, Ongaro nos alcanza una definición sobre su idea con respecto al país. La transcribimos textualmente: "Soy un hombre que entiende que hay que transformar técnica, social y económicamente a nuestro país. La principal revolución que queremos hacer es moral y el signo que a mí me inspira es cristiano, en el mismo sentido que tuvo hace 2000 años cuando la defensa de los valores humanos fue el principal ejemplo que tuvimos de quien en aquel tiempo inició una revolución de amor que está esperando cumplirse". Salimos. Alguien de los que esperaban comentó, tanto como para que escuchásemos: "¡Al fin...!" Sí, la necesidad no puede esperar mucho...

Elvira Caruso, la esposa de Ongaro, junto a sus tres hijos, su madre y un sobrino, en la puerta de su casa. Viven con modestia y son permanente estímulo para el cotidiano quehacer del secretario general de la CGT.

